

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA  
**DEL**  
**HOGAR**

50  
CTS



ANITA STEWART  
CREIGHTON HALE

EDICIONES  
BISTAGNE

**LOS MISTERIOS  
DE LONDRES**  
(LA DIVINA PECADORA)

**La Novela Cinematográfica  
del Hogar**

Publicación semanal de películas seleccionadas

Director:

Año I Francisco-Marie Bistagne Núm. 10

**Los misterios de Londres**

**(La divina pecadora)**

Intrigante asunto, interpretado por  
Anita Stewart (Elena), Creighton  
Hale (Morris) y Francis Ford (Conde  
Hugo)



Exclusiva de

**Cinematográfica Almira**

Rambla de Cataluña, 46 - BARCELONA

POSTAL-EDGALO: DAVID ROLLINS

EDICIONES BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis - BARCELONA



## Los misterios de Londres

(La divina pecadora)

*Argumento de la película*

Dejando el bullicio de las grandes arterias, en el silencio de los hogares del suburbio, se oculta, bajo la niebla, el misterio de la dolorosa lucha por el pan junto a la riqueza ostentosa.

En la casa de la señora Balwin se venían observando frecuentes robos. Desapariciones de cubiertos, de pañuelos de seda, de pequeñas cantidades de dinero. Y todo ello dentro del mayor misterio. Las criadas afirmaban su inocencia y ni un rayo de luz aclaraba aquella anormalidad.

La señora Balwin recorrió a los servicios de una agencia de detectives particulares la cual le envió a Morris, un inspector joven y experimentado que tenía a gala resolver los asuntos más difíciles.

Y una tarde, Morris descubrió a Elena, una de las doncellas de la casa, que ocultaba dentro de un abrigo un collar de perlas desaparecido horas antes.

Mirando bondadosamente a la ladrona, le dijo:

—¡Parece imposible que haya llegado usted a cometer esas infamias! Y sin embargo, no tiene usted aspecto de ladronzuela. ¿No es acaso la necesidad la que la obliga a delinquir?

Unas lágrimas rodaron por el rostro de la mujer.

—¡Tome, tome!—dijo devolviéndole el collar—. Quise robarlo como he robado otras cosas para poder comprarme trajes, zapatos, ropa fina como en tiempos mejores... ¡Yo era artista de teatro, señor! Por cuestiones de familia me vi en la calle... Me coloqué de camarera en esta pensión y pensaba huir lejos... ¡Pero no

sirvo para robar, no sirvo! ¡Estoy arrepentida! ¡Haga de mí lo que quiera.

El joven detective contempló lleno de piedad a aquella mujer que más que una viciosa tenía trazas de ser una desdichada.

—Yo trataré de salvarla—dijo—. Si al dar los primeros pasos encontraran un corrector en lugar de un policía, no caerían en el delito tantos desventurados.

—¡Haga de mí lo que quiera!—repitió.

—Aguarde usted.

Se dirigió a la sala vecina donde la señora Balwin y varias doncellas registraban cuidadosamente todos los rincones, mientras la primera decía:

—¡Morris es capaz de encontrar hasta los ratones que nos devoran el queso! Tengo en él toda mi confianza.

El agente puso el collar en manos de la dama y le dijo excusando a la culpable:

—Señora, la doncella Elena había encontrado su collar y se apresuraba a devolverlo cuando yo subía a sus habitaciones.

En aquel instante apareció Elena, quien,

deseosa de purgar su falta, exclamó en un arranque de sinceridad:

—¡Mentira! ¡Yo soy una ladrona!... ¡No quiero vivir de la compasión de nadie! ¡Ese collar lo había robado yo!

—Pero...—dijo Morris, excusándose.

La señora Balwin tomó el collar y dijo duramente al agente:

—¡Buena manera de acreditar las gestiones de la agencia de Policía privada! Se lo diremos a sus jefes. Y en cuanto a esa Elena, haga el favor de llevarla a la comisaría.

—¡No quiero, señora!... He estudiado a esa mujer y me parece que necesita piedad más que castigo.

—¡Bien se ha dejado usted engatusar por ella! Usted, Elena, queda despedida de esta casa. Pero antes, me entregará todo lo que ha ido desapareciendo desde que usted presta aquí sus servicios.

Elena, llorando, fué a su cuarto y volvió con un paquete de los objetos robados...

Salió avergonzada de aquel hogar,



acompañándola el detective hasta una de las calles céntricas.

—Tome mi tarjeta—le dijo—. Y si necesita de mí acuda sin temor. Me parece usted un caso interesante. Su carita, sus lágrimas no son de la ladrona profesional, sino de la mujer desdichada.

—Así es... pero no puedo explicarle... Me dañaría demasiado el corazón.

—Animo, y si ha caído usted... no dude en levantarse. La honradez no llega tarde para nadie. Sea honrada... Piense que por creer en usted, he dejado de cumplir con mi obligación de policía.

El agente Morris se despidió de ella y regresó a su casa, hondamente preocupado... ¿Iría a verle aquella mujer? ¿Era tan interesante con su aspecto sugestivo y las ojeras violeta denotando un sufrimiento interior!

Al llegar a su hogar, su secretaria le mostró los trabajos que Morris le había encargado antes y que él examinó con gesto de descontento.

—Su máquina tiene demasiado apetito

—dijo, sonriente—. Se come todas las hachas.

—Yo creía...

—Nada... nada... Si daban premios de faltas ortográficas sería usted campeona.

—¿A ver si por lo que usted me paga va a tener a Shakespeare por mecanógrafa!

—¡Mire, cuando sepa teclear vuelva por esta casa!

—¡Pues liquídemme y volveré cuando esté terminado el túnel del Canal!

Le pagó su mensualidad, y la dependiente, orgullosa y superficial, partió para siempre.

Morris, fatigado por todos los acontecimientos de aquel día, salió poco después a la calle para gozar del frescor de la hora nocturna, del aire húmedo que despiden el Támesis y amortigua la violencia del calor estival.

\* \* \*

Al pasar por un lado de las calles, vio caer ante el portal de una casa a una mujer.

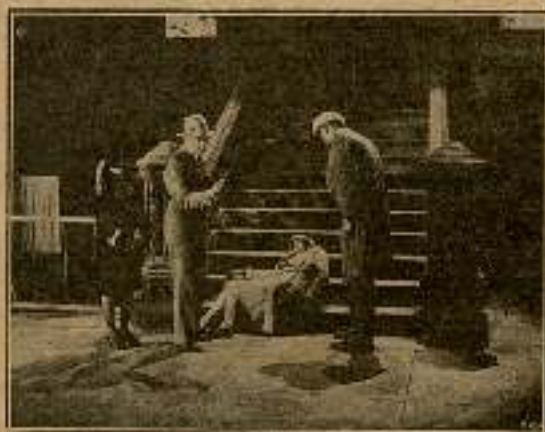
Junto con varios transeúntes corrió a levantarla viendo que estaba desvanecida y reconociendo en ella con la mayor sorpresa a la camarera Elena.



—¡Mire, cuando sepa telear vuelva por esta casa!

¿Qué había podido ocurrirle? Un frasco medio derramado en tierra le aclaró en parte el misterio. Seguramente la pobre joven, tal vez sin el menor amparo, se había querido suicidar.

Acompañaron a Elena a una farmacia cercana quedando Morris y el farmacéutico al exclusivo cuidado de la muchacha. Entraron en la trastienda.



...te había querido suicidar.

—Se ha envenenado, ¿verdad?—dijo Morris entregándole el frasco que el boticario examinó.

—¡Sí, señor!... ¡Una poción de láuda-



no! ¡Es un leve envenenamiento que desaparecerá durmiendo unas horas!

Le preparó una pócima para su curación mientras el joven de la botica le advirtió que una señora quería que le despachasen una receta.

El farmacéutico examinó el papel y salió de la trastienda después de dar a Morris la pócima para Elena.

Ya en la tienda miró a la dama que pretendía un medicamento y le dijo:

—¡Pero, señorita! Esta poción, capaz de hacer enloquecer al cerebro mejor organizado, no puedo despacharla sin su firma de responsabilidad.

—No sé por qué motivo—contestó la dama, que era una rubia espléndida de ojos grandes y de mirar diabólico.

—¡Es un compromiso para mí! ¡Figúrese!... ¡Clorhidrato de cocaína y extracto hirona indiana!...

—Firmaré lo que usted quiera pero despácheme pronto—indicó impaciente.

Mientras el farmacéutico con un vivo disgusto interno despachaba aquella rece-

ta, en el interior de la tienda Elena volvió lentamente en sí.

Mirando a Morris que la acariciaba bondadosamente, le dijo:

—Pero ¿quién me salvó la vida?... ¿Fue usted? ¡Ah! ¿Por qué no me dejó usted morir?

—¡Cálmese! A su edad no puede hablarse de ese modo.

—¡No sabe usted el mal que me ha hecho haciéndome vivir!

—Era mi deber.

—¿Qué hago yo en este mundo? Lléveme usted a un hospital donde no tenga que hablar con nadie.

—¿No tiene usted familia?

—Estoy sola, señor.

—¡Venga conmigo!... La acojo bajo mi amparo. Necesita usted reposar, calmar sus nervios.

La ayudó a levantarse y salieron los dos.

Al llegar a la tienda, Elena miró a la rubia desconocida que firmaba en aquel instante el recibo del medicamento.

Elena dió un grito de horror y señalando a la dama, gritó:

—¡No quiero ver a esa mujer! ¡Aléjeme de ella! ¡Es la muerte!

Sorprendido, Morris creyó que Elena era víctima acaso de la manía persecutoria y procurando tranquilizarla le dió el brazo y salió de la farmacia.

La desconocida se había vuelto pálida y dando muestras de visible agitación, preguntó, una vez hubieron marchado, quiénes eran aquellos dos jóvenes.

—A ella no la conozco—dijo el boticario—. Se envenenó y he tenido que despacharle un contraveneno... Por fortuna la poción ingerida de veneno fué insignificante... En cuanto al joven se llama Morris y es el secretario de la Agencia "Kosmos", detective por afición, un muchacho que quiere hacer fortuna.

Pareció la rubia retener cuidadosamente todos estos detalles y luego de pagar el precio del medicamento, salió.

Al ir a tomar el automóvil, un caballero la cogió por un brazo al mismo tiem-

po que le mostraba una placa de policía oficial.

—¿Es para su esposo esta receta que



—¿Es para su esposo esta receta que tantos inconvenientes ponían al despacharla?

tantos inconvenientes ponían al despacharla?—le preguntó.

La desconocida contestó procurando disimular su íntima turbación:



—¡Es para olvidarle! ¡La policía inglesa se pasa de perspicaz al no creer que mi esposo me ha abandonado!

—La ha abandonado, ¿eh?... ¡Qué raro es que después del abandono, siga usted cobrando cheques con su firma!

—Caballero, eso es acusarme y yo...

—No se enfade. Por hoy queda usted libre. Pero algún día tendremos pruebas incontestables. No se olvide de mí, del conde Hugo.

Subió la dama al automóvil, mientras el agente oficial siguió a pie su camino y se sumió en hondas cavilaciones acerca de aquel caso particular cuyo esclarecimiento le habían confiado.

\* \* \*

Morris se llevó a su casa a Elena que casi en estado de inconsciencia se dejó conducir, sin protesta alguna.

Pasó allí la noche y durmió varias horas gracias a la pócima suministrada por el boticario.

A la mañana siguiente cuando sorprendida por encontrarse en una casa desconocida, se apresuraba a abandonarla, le salió al encuentro el detective Morris.

—No se ofenda por mi presencia... ¡Esta es mi casa! Usted durmió aquí pero yo he ido a descansar al hotel—le dijo.

—Gracias... pero déjeme partir.

—Coma usted primero, después podrá ir donde le plazca.

La hizo sentar ante una mesa llena de succulentos manjares. Mientras Elena, invadida de debilidad, devoraba aquellos alimentos, dijo como excusándose:

—¡Ah, una mujer no puede aceptar estas atenciones de un hombre!

—Es que pienso cobrarle... ¿No aceptaría usted el papel de mi ama de llaves, de mi secretaria?

—¿Y usted querría en su casa a una ladrona?—dijo, sorprendida.

—¿Ladrona? ¡Yo sólo veo en usted a una desventurada!

—¡Para mí todo acabó en la vida!... Yo debo huir lejos, a un país donde nadie me conozca.

—¡Pobre muchacha! ¿No merezco su confianza para saber algo de esas dolorosas amarguras?

—Cuando a los dolores no puede ponerse remedio, más vale no conocerlos.

—¿Es tal vez aquella dama de ayer la causante de sus penas?

Elena se estremeció y en sus ojos vibró como una llama de inquietud.

—¡Respete usted mi silencio!—murmuró—. ¡Esta es la sola condición que impongo para seguir a su lado!

—¡Sea! Me interesa su caso y no dudo que algún día me abrirá usted las puertas de su corazón.

Y después de dar varias instrucciones respecto al gobierno de su casa, Morris se dirigió a su oficina, contento de tener por ama de llaves a tan adorable muchacha.

Con el tiempo la instruiría a fin de que ella le ayudara en sus labores de agente.

Al llegar a la pintoresca agencia universal donde prestaba sus servicios, uno de los jefes le dijo:

—¡Ocúpese de todos mis negocios! Voy

a comprobar con unas chicas y mi socio si es cierta la "réclame" del champaña "Iris" que dice no embriaga hasta la décima botella. Y entérese de esta carta. Vaya a donde aquí dicen.

Marchó el director, y Morris leyó la carta a que aquél hacía referencia. Decía así:

*Dé usted orden a su agente señor Morris para que pase por mi hotel. Pregunte por Sonia, la señora de Gardner.*

Morris, después de despachar las cosas más urgentes, se dirigió a visitar a la dama incógnita.

Su sorpresa fué extraordinaria al verse frente a la hermosa rubia de la farmacia, ante la cual Elena había dado tantas muestras de espanto.

Lleno de emoción, de aturdimiento, dejó caer la carterita que tenía en la mano y de la que se desparramaron sus tarjetas de visita.

—¡Oh, caballero!—dijo Sonia ayudándole a recoger las cartulinas—. ¿Por qué esa nerviosidad? ¿Qué le ocurre?

—¡Nada... nada!... Se me cayó involun-



tariamente la cartera... Estas son las tarjetas anunciando los asuntos de nuestra agencia... Compramos terrenos... vende-



*...se desparramaron sus tarjetas de visita.*

mos saldos... arreglamos matrimonios y automóviles... Aclaremos misterios...

—¿Aclaran misterios?—le dijo con una sinuosa sonrisa—. ¡Así le será fácil decirme dónde vive aquella muchachita que le acompañaba ayer!

Morris contempló a aquella mujer hermosa, con una hermosura sensual y malisana. Instintivamente le inspiró desconfianza, y respondió:

—¡Eso no es cuestión de mi agencia!

—¿Por qué me oculta su paradero?

—Ignoro dónde está... Además, esa muchacha es una desgraciada que sólo merece compasión...

—Eso es cierto... Y precisamente yo estoy dispuesta a protegerla en cuanto sepa dónde vive. Si usted que parece tan bueno, tan amable, lo dijera...

A punto estuvo el detective de confesar la verdad, pero tuvo miedo. Esa Sonia tenía ojos de pecadora, de mala mujer; la otra en cambio, a pesar de sus faltas, de sus pecados, parecía una criatura divina con los ojos aureolados por una noble dignidad.

Volvió a repetir que ignoraba dónde se encontraba la muchacha y salió, dejando a Sonia enfurecida por su fracaso.

Al salir le pareció que respiraba un aire puro, un aire que provocaba nobles pensamientos y reacciones viriles.

\* \* \*

Junto a Sonia, la enigmática mujer, vivía como esclavo su viejo padre que la obedecía como subyugado, creyendo sinceramente todo cuanto ella le decía y sin sospechar de su maldad.

El padre había visto salir del cuarto de su hija al joven detective y preguntó a Sonia el objeto de aquella visita.

—Permíteme guarde reserva en este asunto... ¡He dado mi palabra!

—Pero ¿de quién se trata?

—Ese joven conoce el paradero de Elena... ¡Esa idiota podía comprometerme con sus sospechas absurdas!... ¡Y a ese muchacho le obligaré a hablar!

—Sonia. ¡Me das miedo!... ¿Cuándo dejarás tantos misterios para actuar claramente?

—Tú chocheas, papá... Mi esposo se pondrá bueno con mis medicamentos...

Cuida ahora de que el criado Oslam le dé la pócima y suplicale que firme este cheque.

—Tengo horror a todo eso.

—Pues nada hay de pecaminoso. Vete... procura que no te sigan... ¡Si le encontraban le recluirían en un manicomio y eso sería una vergüenza para todos!

—Bien... bien...

Y marchó, guardando el cheque y la pócima en el bolsillo, y no muy convencido de los razonamientos que le había dado su hija.

Era aquel un asunto tenebroso... Sonia estaba casada con Lord Gardner, hombre inmensamente rico.

Pronto hubo desavenencias entre los dos por negarse el marido a satisfacer los costosos gastos de Sonia, quien, temperamento cruel capaz de todo para conseguir sus ambiciones, había ideado un plan siniestro.

Comenzó a suministrar drogas tóxicas a su esposo y pronto éste quedó sumido en la idiotez característica de los degenerados.



La maldita substantia le atacó la cabeza y Sonia hizo encerrar a su marido en un piso de los suburbios, al cuidado de Osiam, un aventurero canalla, capaz de todo a cambio de dinero.

Sonia por mediación de Osiam fué obligando a Lord Gardner a firmarle cheques y de esta manera iba dejando exhaustas las cuentas corrientes de él que iban en cambio a engrasar las de la mala mujer.

El padre de Sonia ignoraba esos delitos. Creía realmente que su yerno estaba loco y transigia con aquel encierro, oculto a todos. De esta manera no se daba publicidad a la locura y se evitaban los comentarios que se hubieran suscitado si Lord Gardner hubiese sido encerrado en una casa de salud.

Sonia hizo correr la especie de que su marido se había ausentado repentinamente de Londres, tal vez en singular aventura amorosa...

El padre de Sonia, cumpliendo las órdenes de ésta se dirigió a la casa de Osiam entregando al carcelero la pócima y el che-

que para que lo firmara el desdichado Lord.

Esperó en una salita cercana a que el Lord firmara... Este, enfurecido y lanzando maldiciones contra su mujer a la que consideraba responsable de su encierro, se negó al principio a poner su firma en el papel que Osiam le presentaba, pero tuvo que acceder obligado por los golpes del miserable y vencido por la pócima que éste le dió después con la perversa intención de acortar rápidamente su vida.

Lord Garner ingirió los polvos de cocaína quedando sumido en una laxitud de idiota, y Osiam entregó al padre de Sonia el cheque ya firmado.

—¡Cuidale bien!—dijo el viejo—. Es un desdichado demente... Y sobre todo no le pegues...

Y regresó a su casa con el talón... No sospechaba ni por asomo la verdad. Tampoco le hacía extraño que Sonia pidiese dinero... De algo había ella de vivir.

Mientras tanto, Morris había vuelto a su hogar y decía a Elena, que alegremente

había tomado posesión de su nuevo cargo y demostraba una felicidad radiante;

—¿Está usted satisfecha de su nueva vida?

—¡Ya lo creo! Veo que no hay vida más feliz que la de la honradez.

—Y la más tranquila... Espero que siempre perseverare en ella... y olvide su pasado tormentoso. Pero... hablando de otra cosa, ¿qué diría usted si supiera que me ha llamado la mujer que tanto la horroriza?

—¿La ha visto usted?—exclamó, acobardada.

—¡Sí!

—¡Ah, señor Morris... yo no puedo a usted ocultarle la verdad!... ¡Ella es mi hermana! ¡En su corazón anidan todas las maldades!

—¿Su hermana?—dijo, sorprendido.

—Sí, señor. Me separé de ella a causa de su conducta... Luego se casó y supe que seguía viviendo mal... Me odia... me inspira terror.

—Pues ella sólo demuestra deseos de ayudarla, de protegerla...

... ¡Gracias!... No sé cómo

—¡Yá se lo a usted... Mi hermano coque de la locura el día que se casó con morir! ¡Ojalá no le cueste la vida!

—¡Moveremos con rapidez.

a no día siguiente, Morris, al salir de su trabajo fué con Elena a dar una vuelta por los alrededores de la ciudad.

Ascendieron para recorrer unos parajes que parecían tener gran interés para el agente, quien dijo sonriente a su amiga:

—¡En la ausencia de mis jefes han venido a ofrecerme la venta de todos estos terrenos!... Por estar cerca de Londres, si se edificara en ellos casas baratas, centuplicaríamos su valor.

—¿Y por qué no hacer el negocio por su cuenta?—le dijo Elena con repentina alegría.

—Entonces sería millonario.

—Ya ve usted, una ladrona le da ideas para hacerse rico.

—No hable así, Elena... Usted no es una ladrona... De esto está bien curada, pero en cambio se apoderó usted de mi vida, Elena... El convencimiento que tuve



había tomado posesión de su nu-  
y demostraba una felicidad radia.

—¿Está usted satisfecha de su vida?

—¡Ya lo creo! Veo que no hay más feliz que la de la honradez.

—Y la más tranquila... Espero de siempre perseverar en ella... y olvide lo pasado tormentoso. Pero... hablando de otra cosa, ¿qué diría usted si supiera que me ha llamado la mujer que tanto la horroriza?

—¿La ha visto usted?—exclamó, acobardada.

—¡Sí!

—¡Ah, señor Morris... yo no puedo a usted ocultarle la verdad!... ¡Ella es mi hermana! ¡En su corazón anidan todas las maldades!

—¿Su hermana?—dijo, sorprendido.

—Sí, señor. Me separé de ella a causa de su conducta... Luego se casó y supe que seguía viviendo mal... Me odia... me inspira terror.

—Pues ella sólo demuestra deseos de ayudarla, de protegerla...

—¡Gracias... gracias!... No sé cómo agradecerse a usted... Mi hermano cometió una locura el día que se casó con Sonia... ¡Ojalá no le cueste la vida!

—Ohraremos con rapidez.

Al día siguiente, Morris, al salir de su despacho fué con Elena a dar una vuelta en coche por los alrededores de la ciudad. Descendieron para recorrer unos parajes que parecían tener gran interés para el agente, quien dijo sonriente a su amiga:

—¡En la ausencia de mis jefes han venido a ofrecerme la venta de todos estos terrenos!... Por estar cerca de Londres, si se edificara en ellos casas baratas, centuplicaríamos su valor.

—¿Y por qué no hacer el negocio por su cuenta?—le dijo Elena con repentina alegría.

—Entonces sería millonario.

—Ya ve usted, una ladrona le da ideas para hacerse rico.

—No hable así, Elena... Usted no es una ladrona... De esto está bien curada, pero en cambio se apoderó usted de mi vida, Elena... El convencimiento que tuve

desde el primer día, de su inocencia, lo provocó indudablemente el afecto, el gran amor que siento por usted... Elena... si yo llegaba a rico sería después de que usted fuese mi mujer... Allí en lo alto edificaríamos la "Villa Elena".

—No me haga usted soñar... Eso no es posible... Yo he sido mala.

—Para mí es usted ya la única mujer interesante del mundo.

Se interrumpieron al ver que descendían de un automóvil y avanzaban hacia ellos, los jefes del despacho de Morris.

Uno de ellos dijo al muchacho mientras paseaba con satisfacción su mirada por aquellos parajes:

—Sabíamos que le encontraríamos aquí. ¡Le felicitamos por su actividad...! A no ser por usted otro habría hecho opción a estos terrenos.

—Señores... Yo soy activo porque trabajo para mí... El negocio éste de los terrenos lo hago por mi cuenta—agregó sonriente y alentado por una dulce mirada de Elena.

—¿Por su cuenta? ¡Está usted loco!

—Tal vez sí... pero el derecho de opción es mío.

—Terminemos... se ha portado usted muy mal... Queda usted despedido. ¡Vaya un encargado! Aprovecha nuestras ausencias para hacer negocios por su cuenta y razón.

\* \* \*

Pasó un día. Era necesario efectuar el primer depósito para pagar la opción a aquellos terrenos que vendidos después a una importante compañía edificadora de casas baratas darían un margen considerable de beneficio.

Morris salió de su casa, diciendo a Elena que iba a hacer algunas gestiones para conseguir el dinero.

Pero tenía un plan. Sabía que Sonia era rica, inmensamente rica. Conociendo la simpatía que la dama parecía profesarle se propuso ir a verla con el ánimo de que ella le prestara su dinero. No diría una sola palabra a Elena, pues seguramente



esta muchacha habría considerado absurdo y desacertado su plan.

A fin de que Sonia se mostrase generosa con él, le daría supuestas noticias de Elena. Conociendo el odio que sentían mutuamente las dos hermanas, forjó un proyecto que consideraba de éxito seguro para atraerse el afecto de Sonia y con él su dinero.

Sonia le recibió agradablemente sorprendida... Le invitó a beber unos licores rogándole le comunicase el objeto de su visita.

—Señora — dijo Morris aparentando profunda pena—. Mi visita es algo penosa... Debo decirle que la muchacha que usted buscaba... ha muerto... ¡Sin que pudiera evitarlo logró envenenarse!

Sonia palideció... Impresionóle la desagradable muerte de su hermana. Pero reaccionó al instante... Bien muerta estaba. Elena había sido siempre su enemiga, la hermana que mientras estuvo en casa combatió todos sus planes ambiciosos, convirtiéndose en su fiscal.

—¡Pobre muchacha! —murmuró.

—No se aflija, señora... ¿Quién sabe el doloroso porvenir que le esperaba?... Y aprovecho la ocasión para indicarle que si necesita usted de mis servicios, yo desde ahora trabajo por mi cuenta... Y no sólo como detective, sino que me dedico a especulaciones... a colocar capitales en negocios seguros... Tengo precisamente un negocio importante que...

Ella le interrumpió, sonriente:

—¡Usted tiene aspecto de hombre honrado!... Yo sola no sé en quien fiar mis asuntos... Necesito un buen agente y...

Meditó unos instantes... La infame mujer ideó rápidamente un proyecto malsano. Aquel infeliz muchacho que quería ser su consejero y administrador, le iría maravillosamente para sus planes. Ella necesitaba un cómplice a quien poder acusar si algún día se descubrían sus artimañas, el robo a su marido, el secuestro en que tenía a éste.

Estaba segura de triunfar. Aquel muchacho parecía interesado por ella. Con unas cuantas frases bonitas acabaría por hacerle suyo.

Y acercándose mucho a él y acariciando su rostro, le dijo:

—Acepto sus servicios... Yo necesito un buen agente que sepa colocar hábilmente mis capitales.

Le mostró una libreta en la que había consignados los saldos que tenía en los Bancos.

—Están a su disposición para que emplee el dinero en lo que considere de mayor utilidad... Morris, yo creo en usted... y me confío enteramente a sus dotes.

Ella le acarició más y más, y de pronto, llevada de su espíritu ardiente, cogió al joven estrechamente y le besó los labios con violencias apasionadas.

Aquella mujer quería hacer cómplice suyo a Morris, pero al propio tiempo, su temperamento fogoso, acababa de enamorarse del agente y con el espíritu libre de que siempre dió muestras, se lo acababa de demostrar.

Pero Morris, rechazó indignado a la mujer... Se interpuso entre los dos el recuerdo bondadoso de Elena.

—Yo he venido para ser su agente nada más, señora—dijo.

Y dignamente salió de la estancia, mientras Sonia, despechada por la incomprensi-



—*Morris, yo creo en usted.*

ble derrota, arrugaba la libreta de los saldos bancarios.

Morris volvió a su casa y todo el día estuvo preocupado acerca de su situación.

—¡Mañana vence el plazo para hacer



el primer pago!—le dijo Elena—. ¿Has encontrado ya el dingro?

—No... todavía no.

Estaba furioso. Ahora se acusaba de no haber cedido a los caprichos de Sonia... Tendría ya el dinero en su poder, lo que le hubiera permitido ser ya dueño de los terrenos.

Estaban en una dulce penumbra... El joven volvió a preguntarse por qué no había cedido a los anhelos de Sonia... ¿Acaso le comprometían a él? ¿No era un medio para que él pudiese dar luego la felicidad a Elena?

Morris pensaba adquirir con los fondos de Elena aquellos terrenos, luego los vendería, se quedaría la diferencia en más que hubiese sacado y devolvería su dinero a la aventurera. Aquella mala mujer, sin saberlo, habría colaborado a la felicidad de su hermana... Ciertamente que era poco moral el procedimiento, pero tratándose de Sonia...

Dispuesto estaba a ir a ver a Sonia... Además era hermosa esa mujer y en úl-

timo extremo no le desagradaba la idea de unos amores efímeros...

Deslumbrado por aquellos pensamientos, se levantó y estrechó entre sus brazos a Elena. En su aturdimiento dijo estas palabras:

—¡Sonia! ¡Sonia!

Elena le rechazó y comprendiendo que Morris sólo pensaba en la hermana, se alejó de él yendo a encerrarse en su habitación.

Pero Morris, dispuesto a todo para conseguir el dinero, marchó otra vez a casa de Sonia... y no rechazó los besos de ella.

La joven le dio autorización para que emplease sus fondos en lo que mejor le pareciese, y Morris accedió a todo...

El afán de riquezas le forzó a aceptar la villanía.

\* \* \*

Al día siguiente, Morris, al regresar de la oficina, encontró en su casa una carta de Elena concebida en estos términos:

*A tu lado empecé a soñar felicidades imposibles. Mi hermana se ha interpuesto. Ya eres suyo. Adiós.*

*Elena*



*...y Morris accedió a todo.*

Aunque demasiado tarde, comprendió Morris que se había metido en una aventura estúpida... Y, sin embargo, en el fondo había buena intención, pues todo lo ha-

cia para poder ser rico y ofrendar un buen porvenir a Elena.

¡Ah! ¿Dónde estaría ahora esta muchacha?

Poco después recibió la visita del Conde Hugo, el jefe del Servicio Secreto.

Se saludaron; eran antiguos amigos, y el conde le preguntó:

—¿Sabe algo de Elena?

—Nada más que eso... Mire la carta que he recibido de ella.

—Sé lo que pasa... Esa muchacha acaba de encontrar trabajo en una revista del Palace.

—He sido un estúpido con ella...

—No hablemos ahora de ella... sído de usted... Es por usted por quien vengo... Morris, he seguido sus pasos, y está usted en peligro de ser cómplice de una aventura.

—Señor conde, mis relaciones comerciales son perfectamente lícitas... Empleo el dinero en lo que me parece... Mis clientes me dan carta blanca—dijo con orgullo.

—Pero hay clientes peligrosos... Miss



Sonia, hermana de Elena, era artista de variedades que trabajaba con su padre, un viejo prestidigitador... Deslumbrándole con su belleza, logró casarse con Lord Gardner, poseedor de cuantiosa fortuna, y después de enloquecerlo con drogas excitantes, lo ha hecho desaparecer misteriosamente...

—¿Es posible?

—Seguro... Oigame bien... Todo criminal necesita un cómplice y ese es el papel que a usted le ha reservado esa mujer... El dinero que usted administrará no es de ella, sino quitado inicuaamente a su marido... Vea si no se hace usted cómplice, si no se ata de manos.

El joven estaba asombrado... A pesar de lo que antes había dicho Elena y lo que ahora le manifestaba el conde Hugo, no podía creer en que Sonia fuera tan miserable.

—No creo a Sonia capaz de esto... ¡Estoy seguro de que su esposo la ha abandonado!... ¡Ella dice está en París!

—Yo estoy seguro de que va a ser usted víctima si no reacciona a tiempo.

—¡Dios mío! Pero ¿es posible?

—Apártese de esa mujer y cuando haya de administrar intereses mire que sean de procedencia honrada y legítima... Y ahora vaya a ver a Elena y no la desampare... ¡Merece todo el bien que usted hasta ahora había hecho por ella!

—Tiene usted razón... He sido un estúpido... Voy a romper con Sonia y a reconciliarme con Elena.

Y como para él lo primero era lo de Elena se dirigió a la pensión del Palace.

Elena se sorprendió profundamente al verle.

Morris le dijo con cierta ironía:

—Veo que está usted mejor instalada que a mi lado... ¡La felicito!

Ella guardó silencio.

—Elena, ¿por qué me abandonó usted? ¡Por usted me lancé a negocios en los que he comprometido mi nombre! ¡Me ha dejado usted cuando mi razón ha vacilado!

—Le he dejado a usted al ver que otra mujer me había vencido! ¡Cuando no tenga tratos con ella, venga a buscarme!

—Primero debo salvar mi nombre, Elena... Me han abierto los ojos y comprendo que he sido víctima de una infamia... Cuando haya liquidado esos asuntos con esa maldita mujer, ¿podré confiar en que usted me perdone?

—Si su rompimiento es definitivo, sí.

—¡Adiós, Elena! Ruegue usted a Dios para que no sea demasiado tarde y su hermana no me haya atado de tal modo que me haya hecho irremisiblemente su cómplice.

Y partió, frenético, mientras Elena mentalmente elevaba a Dios la oración más pura para que el joven saliese bien de aquel asunto.

Bien comprendía, pues el conde Hugo se lo había dicho antes, los propósitos criminales de Sonia... Y volvió a rogar que su amigo pudiese librarse de aquellos lazos y volver libre y curado de todo mal amor, junto a ella.

\* \* \*

Horas antes, Sonia había extendido otro talón y dándosele a su padre a quien

no había confesado la supuesta muerte de Elena, le dijo:

—Es preciso que mi esposo firme este cheque... ¡Quiero que sea el último!

—¿No abusamos de él?

—No... Guardo intacto el cheque anterior... Con el que ahora va a firmar, podré prescindir de él para siempre, pues empiezo un nuevo negocio.

El padre, que transigía con todos los caprichos de Sonia, marchó a la casa de Osiam y descubrió horrorizado que Lord Gardner había huído no sin antes dar muerte a su guardián.

Temiendo algún desatino de su yerno, salió temblando de aquella casa de horror para ir a comunicar la noticia a Sonia.

Lord Gardner, en efecto, aprovechando un momento de descuido de su guardián, se había lanzado sobre él y agarrándole el cuello le había asfixiado.

Apoderándose de un puñal que Osiam llevaba siempre consigo, se dirigió a la casa donde habitaba Sonia, la mujer que, en



sus espantosas imágenes de cocainómano, aparecía como su verdugo.

¡Ah, la miserable! Tenía ansias feroces de vengarse de ella, de castigar a la que le tenía allí preso y sin ver la luz del sol. Ella con su influencia, con sus drogas había hecho del pobre Lord un hombre inútil, un semiloco.

Llegó a casa de Sonia y rechazando a los criados, entró en el cuarto de su esposa.

Esta lanzó un grito de terror al ver a su marido y quiso huir dando llamadas de socorro.

—¡Infame... infame! — rugió Lord Gardner—. Me has robado... me has tenido encerrado durante varios meses... Por ti he sido asesino... pero ha llegado mi hora... No estoy aún tan loco para no ver tus infamias... Mi mano sabrá hoy hacerte justicia.

Su mano apareció armada de un puñal que intentó clavar en el cuerpo de la mujer.

Lucharon como dos fieras... Y mientras lo hacían irrumpieron en la habita-

ción tres hombres: el padre de Sonia, que venía a dar a ésta cuenta de la fuga del marido; Morris, ansioso de aclarar su situación con aquella mala mujer, y el detective Conde Hugo que, vigilando cerca de la casa, había visto entrar poco antes a un individuo que le pareció Lord Gardner.

Quisieron separar a los enemigos, pero antes de que pudieran hacerlo, en uno de los momentos de la lucha Sonia y Lord Gardner cayeron al suelo y ella arrebatando el puñal a su marido se lo clavó de un solo y certero golpe hasta el corazón.

Se levantó, asustada de su propia obra, mientras Morris avanzando hacia ella, le decía:

—¡Mala mujer!... ¡Me convertías en tu cómplice! ¡Me has envilecido! ¡De un hombre honrado como yo, quisiste hacer un miserable! ¡Querías que yo fuera cómplice de tus delitos, que manejase dinero de ese pobre hombre a quien acabas de matar!

Sonia, indiferente, no contestaba... Una

depresión nerviosa la sobrecogía... Tenía los ojos fijos en Lord Gardner... Y de pronto, volviéndose de espaldas, acabó en un llanto nervioso, en un hipo sollozante, de dolor o de impotencia...

El conde Hugo se llevó de allí a Morris que demostraba una profunda excitación.

El padre de Sonia, en un rincón, estaba horrorizado ante la tragedia. Por primera vez parecía darse cuenta de la infame conducta de su hija.

Llegó la policía, llevándose a Sonia a la comisaría... Ella, sin resistencia, se dejó conducir... Había perdido la partida. Iba a purgar los delitos cometidos.

Al día siguiente, Morris, avergonzado de haber querido tener trato con Sonia, aunque esos tratos tuvieran un fin digno, escribió una carta a Elena:

*Elena: No tengo valor para sostener una mirada tuya... Estoy gravemente comprometido. Adiós para siempre.*

*Morris*

\* \* \*

Gracias a la influencia del conde Hugo, nada le ocurrió a Morris, quien marchó a una lejana colonia para dignificarse con el trabajo.

La justicia condenó a presidio a Sonia, acusada de numerosos delitos.

Pasaron algunos meses.

Morris había conseguido asociarse con personas honradas cuyo dinero era de procedencia legítima...

Triunfaba en los negocios, y así le dijo un día una de las empleadas:

—¿No está contento con las ganancias del nuevo astillero, señor Morris?

—¡El dinero no hace feliz, pequeña! —respondió, pensando en Elena, la mujer que creía haber perdido para siempre.

Pero en aquel instante vió pasar cerca de allí a un hombre a quien reconoció asombrado como el padre de Sonia y de Elena.



Corrió hacia él, y el viejo sonrió al verle.

—¿Qué es de ustedes?—preguntóle—. ¿Y Elena? ¿Sabe usted algo de su hija menor?

—Desde que ocurrió aquella tragedia, Elena vive conmigo... El mundo es un pañuelo en el que todos se encuentran... Y Elena, que le ha amado a usted siempre, supo por fin que usted se hallaba en esta colonia... Y como yo realizaba aquí cerca una *tournee* como prestidigitador, no he tenido inconveniente en venirle a ver.

—¡Oh, gracias... gracias, señor!... Me da usted una alegría inmensa. ¿Dónde está Elena, dónde?

—Allá en aquella playa... Es la única hija que me queda. Sonia murió en la cárcel... Sonia, la desdichada hija que nunca quiso hacer el bien... Y yo tan loco me fé de ella... y aun fui su cómplice sin querer, creyendo realmente en la locura del Lord...

—No piense ya en eso... Nosotros ya no nos separaremos de usted...

Corrió velozmente hacia la playa y allí

encontró a Elena. Mudo de emoción permaneció largo rato abrazándola y besándola. Luego con lágrimas en los ojos, dijo:

—¿Me perdonas?

—¡Te quiero!—respondióle dulcemente—. No debiste huir entonces de Londres... Te hubiera perdonado también... Si estuviste a punto de entrar en malos negocios, de caer bajo la seducción infame de mi hermana, lo hacías por mí... y esto es un título que yo nunca podré olvidar... Pero mejor aún que te encuentre hoy en esta colonia... Estás en camino de ser rico... y es por el trabajo, por el honrado trabajo, único modo de que la riqueza aproveche... No rico como lo hubieras sido entonces de una manera ilegal... Ahora lo que tienes lo bendice Dios.

—Es verdad, Elena. Y El bendice también nuestro amor...

Y junto al mar eterno sellaron su eterno amor.

F I N

Ha sido revisado por la censura

# La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica  
asuntos de buen gusto

Número 1: **Puertas cerradas**  
por Virginia Valli

Número 2: **Madre pecadora**  
por Irene Rich

Número 3: **Estrella simbólica**  
por George O'Brien y Sue Carol

Número 4: **La Losa del Pasado**  
por Ellen Foster y Donald Keith

Número 5: **La mujer de Satanás**  
por Marcela Allani y Jack Trevor

Número 6: **Jimmy, el misterioso**  
por William Haines y Lella Hyams

Número 7: **Nueva mujer, nueva vida**  
por Dorothy Sebastian, Pat O'Malley y Harry Murray

Número 8: **Amanecer**  
por George O'Brien y Janet Gaynor

Número 9: **Tras la cortina**  
por Lois Moran, Warner Baxter, etc.

## EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diaríos, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbadá, 16; MADRID: Caños, 1



22  
Ediciones BISTAGNE



Passeig de la Pau, 16 bis  
Telèf. 19861. - BARCELONA